

PRIMERA PARTE

LOS RITOS INICIALES

I. LA LLEGADA DEL SACERDOTE

1. Procesión de entrada

La misa inicia con una procesión en la que el celebrante se dirige hacia el presbiterio. Antiguamente la comunidad se reunía en un lugar y desde ahí se dirigían todos juntos hacia la iglesia en donde se celebraría la misa. Actualmente algunas veces puede hacerse así. Pero lo más común es que únicamente el celebrante y los ayudantes se acercan procesionalmente al presbiterio. Sin embargo, podemos caminar espiritualmente con ellos. Ese es el sentido de la procesión, simbolizar que los cristianos somos un pueblo que camina peregrino en la vida. Si nos caemos, a levantarnos para seguir nuestro caminar hacia la Ciudad Santa. La procesión no es un desfile de los que participarán en la misa, para que los veamos de cerca. Es una alegoría del andar cristiano hacia Dios.

Lo habitual es que camine el sacerdote con un acólito. En las grandes ocasiones, sin embargo, la procesión de entrada es mucho más compleja.

En primer lugar, camina el turiferario, el acólito que porta el incensario o turíbulo. En las Escrituras el incienso aparece como un signo de culto, de honor y de oración de sacrificio. En la procesión de entrada humea hasta el frente el incensario para recordarnos que avanzamos dando culto, honrando y orando a Dios.

Luego avanza la cruz procesional. Todos vamos detrás del crucificado, porque somos seguidores de Jesús. Él no nos dice: este es el camino que debes de seguir, como hace un profesor de ética. Él nos dice: yo soy el camino (Jn 14, 6). Somos sus seguidores y avanzamos por él. Pasando por Jesús es como podremos llegar al Reino.

La cruz se deja en el presbiterio, salvo que sobre el altar o en otro lugar ya exista un crucifijo, que recuerde que, cuando fue levantado Cristo en la cruz, Jesús atrajo a todos hacia sí (Jn 12, 32), porque ahí podemos ver al que traspasaron (Jn 19, 7; Zac 12, 10; y Ap 1, 7).

La cruz es rodeada de velas. Normalmente son dos, pero cuando el obispo celebra solemnemente pueden ser siete. En el Apocalipsis Juan narra que vio al Hijo del Hombre, a Jesucristo, entre velas (Ap 1, 2-3; 1, 20; y 2,1). Así avanza ahora el crucifijo, entre candeleros. Los portan los acólitos en representación de todos los que participamos, de todos los cristianos. Somos cristianos porque fuimos bautizados. El Bautismo también se ha llamado el Sacramento de la Iluminación, porque ahí somos iluminados con la luz de Cristo, que es la Luz (Jn 1, 4-5). Como forma de ilustrar eso, en el Bautismo recibimos una vela encendida en el cirio pascual, que es símbolo del Resucitado. En representación de todos, los acólitos llevan las velas. Al verlos pasar, podemos pensar que queremos conservar las lámparas encendidas, como las vírgenes prudentes (Mt 25, 1-13), para salir al encuentro del Esposo al final de nuestros días.

Cuando llegan al altar, los que llevan las velas las colocan sobre o junto al altar, salvo que ya haya velas en ese lugar. Así, durante toda la misa podremos pedirle a Dios que nos ayude a mantener encendida la luz de nuestra fe; que él, que es Luz de Luz, nos ilumine siempre.

Después puede ser portado en alto el Evangelionario. No se lleva así el leccionario, solo el Evangelionario, porque contiene las palabras de la Palabra de Dios hecha hombre (Jn 1, 14). En nuestro peregrinar terreno encontramos en esa Palabra sentido y guía. Seguimos a la Palabra. La ponemos en lo alto de nuestras vidas.

Si se lleva el Evangelionario, se coloca sobre el altar hasta la proclamación del Evangelio. Ese es su trono. El alimento de la Palabra se coloca sobre el altar en donde se ofrecerá el Pan de Vida. Se simboliza de este modo que

ambas partes de la misa están unidas. El altar es sólo para Dios y sobre él solo se coloca su Cuerpo y sus palabras.

El celebrante y los acólitos caminan con las manos juntas. El Misal indica ese gesto, pero no dice cómo se hace. Hay muchas formas de juntar las manos. En una nota el Ceremonial de Obispos dice que las manos se juntan, palma con palma, con todos los dedos unidos, y el pulgar derecho cruzado sobre el izquierdo. El pulgar derecho debe pegarse al pecho (CE 107, nota 80). Esta forma de llevar las manos recuerda la ordenación del sacerdote, cuando el obispo pone entre sus manos las del ordenando para recibir sus promesas. La liturgia tomó este gesto de los vasallos, que colocaban sus manos entre las de su señor. Con las manos juntas de esa forma, los sacerdotes y ministros manifiestan que son siervos del Señor, que su ser está entre las manos del Señor, y así camian por la vida.

En la forma extraordinaria está previsto que al llegar al altar el sacerdote recite el salmo 43: “me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud”. Con independencia de nuestra edad, Dios hace nuevas todas las cosas (Ap. 21, 15), incluso a nosotros que nos renueva en la fe cada día. Los que caminan en la procesión pueden decir por devoción ese versículo mientras se acercan al altar. También los fieles, al llegar a la iglesia, pueden decirlo por devoción.

2. Veneración al altar

Cuando el celebrante llega al presbiterio hace una genuflexión ante el sagrario y, si no está el sagrario en el presbiterio, hacen una inclinación profunda ante el altar.

Hay tres clases de reverencias en la liturgia. La primera es la genuflexión. El cuerpo desciende totalmente y la rodilla toca la tierra en señal de postración ante alguien superior. Este gesto únicamente se realiza ante Jesús presente en la Eucaristía y, el Viernes Santo, ante la cruz.

La segunda es la inclinación del cuerpo. Desde la cintura la parte superior del cuerpo desciende para mostrar reverencia ante un misterio o un símbolo de Jesucristo, como es el altar, que representa a Jesús, quien es a la vez Víctima (lo ofrecido), Sacerdote (quien ofreció), y Altar (lugar en donde se ofreció).

La tercera es la inclinación de cabeza. Únicamente la cabeza y no todo el cuerpo, desciende para mostrar reverencia ante una palabra santa, como es el nombre de Jesús, ante quien toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los abismos (Fil 2, 10-11), el nombre de la Bienaventurada Virgen María, cuando se mencionan seguidas a las Tres Personas Divinas, o el nombre del santo del día.

Por eso, si está el sagrario en el presbiterio, se hace genuflexión ante el Señor ahí verdaderamente presente; y si no lo está, se hace inclinación profunda ante el altar, que representa a Cristo.

Después de esta reverencia, el sacerdote venera el altar con un beso y, si se emplea incienso, lo inciensa.

Jesús es el verdadero y único Altar desde donde él mismo se ofrece al Padre. Sin embargo, en toda iglesia hay una mesa desde la cual el sacerdote debe de ofrecer el Sacrificio Eucarístico. Esta mesa es un símbolo de Cristo, como se decía. Por ello se le viste con un mantel que debe ser blanco, porque las vestiduras se lavan y blanquean en la Sangre del Cordero (Ap 7, 14) y en recuerdo de cómo las vestiduras de Jesús adquirieron una gran blancura en la transfiguración (Mc 6).

El altar debe ser dedicado por el obispo. Para hacerlo derrama el santo crisma, un aceite que consagra el obispo el Jueves Santo y sobre el que sopla al igual que Jesús sopló sobre sus antecesores, los apóstoles, y sobre el que ora todo el clero de la diócesis. El crisma simboliza la consagración y la configuración con Jesús. Por eso se derrama sobre el recién bautizado, que adquiere el sacerdocio real, y sobre los que reciben el sacramento del

RITOS INICIALES

Orden, que reciben el sacerdocio ministerial. Sobre el altar también se derrama el crisma para configurar esa mesa con Jesús Altar.

Al dedicar un altar, pueden colocarse en su interior las reliquias de un santo. La santidad no es otra cosa que la identificación con Cristo. Los mártires, con el derramamiento de su sangre, pero todos los santos con su vida diaria, se han unido a la muerte de Cristo para resucitar con él. Por ello, la parte material de un santo que nos ha quedado es un altar, un espacio desde donde se ha unido a la muerte de Cristo.

El altar también es santo porque es un objeto sobre el cual ha estado Jesús presente. El mismo cuerpo concebido en el seno de María y nacido de ella, el mismo cuerpo que se transfiguró, y que fue colgado en la cruz, y que resucitó, ha estado sobre ese altar. En ese lugar se ha ofrecido el Sacrificio santo y puro.

Por la santidad de esta mesa, el sacerdote la besa al inicio de la Misa, y también la inciensa como signo de honor. La incensación al altar nos recuerda que el Señor pidió a Moisés construir un altar para quemar incienso en la Tienda del Encuentro (Ex 30, 1). El Señor quiere que se le alabe con el incienso en su altar. Asimismo, se inciensa en ese momento el crucifijo que se coloca sobre el altar o a un lado, para recordar que debemos tener la mirada puesta en el Crucificado, y las imágenes que estén en el presbiterio.

II. RITOS INICIALES

En el presbiterio hay tres lugares esenciales: el altar, el lugar desde donde se ofrece el Sacrificio; el ambón, el lugar desde donde se proclama la Palabra de Dios; y la sede, el lugar desde donde el celebrante preside a toda la asamblea cristiana ahí reunida. En los ritos iniciales no se proclama la palabra ni se ofrece el Sacrificio. Lo que se hará es prepararnos para escuchar la Palabra y celebrar dignamente la Eucaristía. Por ello, el sacerdote los preside desde la sede.

Al llegar a ahí, el celebrante inicia la misa diciendo:

“En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Esta fórmula inicia: “En el nombre”. No dice “En nombre”. Hay una diferencia entre ambas expresiones. La segunda alude a que se habla o se dice algo en representación de alguien. Como un subdirector que habla “en nombre” del director. La fórmula litúrgica es “en el”, que es la expresión usada para referirnos a un lugar. “Estoy **en** el comedor”, o “estoy **en** el patio”. Así, esta fórmula nos dice que estamos entrando al nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Estamos ingresando a la vida trinitaria. Es ahí a donde nos lleva la misa espiritualmente.

Cuando fuimos bautizados, se usó esa fórmula, que es la que indicó Jesús antes de ascender a los cielos (Mt 28, 19). Bautismo significa inmersión. Así, con el agua se simbolizó que nos metieron a la vida trinitaria. De esta forma, al inicio de la misa, recordamos el inicio de nuestra vida cristiana, el Bautismo.

Entramos al nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Entramos al Ser, recordando que cuando Moisés le preguntó su nombre le dijo “Yo soy el que soy” (Ex 3, 13-14). Entramos a ese nombre que, por su santidad, la liturgia traduce como Señor en vez de YHWH. Entramos al nombre Santo, cuya misericordia llega a toda generación como dice la Virgen María en el Magnificat (Lc 1, 49-50). Entramos nombre que pedimos que sea santificado al rezar la oración que Jesús nos enseñó. Al nombre ante quien toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los abismos (Fil 2, 10).

Mientras el sacerdote dice esta fórmula hace, junto con todos los presentes, la señal de la cruz sobre su ser, colocando la mano derecha en la frente, en el pecho y en los hombros. Con este gesto afirmamos que la Misa es el abrazo, el encuentro con Dios en Cristo Jesús, que por nosotros se ha encarnado, ha muerto en la cruz y ha resucitado glorioso.

1. Saludo

A continuación, el sacerdote saluda a toda la asamblea. No dice “buenos días” o “buenas tardes”, sino que emplea un saludo litúrgico que recoge todos los buenos sentimientos y deseos que se puedan tener. Hay varias opciones de saludos.

“El Señor esté con ustedes”

Esta fórmula expresa el deseo de que el Señor acompañe a todos los presentes. Puede pensarse que Dios está siempre con nosotros, y es cierto. Por eso, hay quienes cambian la frase y dicen “el Señor está con ustedes”. Sin embargo, es incorrecto hacer esta modificación para expresarla como afirmación, porque lo que el sacerdote desea a los presentes es que reconozcan al Señor presente en la asamblea, recordando que Jesús dijo que “donde dos o más se reúnen en mi nombre yo estoy presente en medio de ellos” (Mt 18, 20). Sí, el Señor está con nosotros, pero con este saludo el sacerdote desea que lo reconozcamos u que nosotros estemos con el Señor, que lo encontremos en la celebración.

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes.”

La segunda opción de saludo son las últimas palabras que escribió san Pablo en su segunda carta a los corintios (2 Cor 13, 14). Es el mismo deseo que el Señor esté con nosotros, pero explicitado en las Tres Personas Divinas. Se expresa ese estar de Dios con nosotros, pidiéndole al Padre que sea mediante su amor; al Hijo, mediante su gracia; y al Espíritu Santo por su comunión.

“La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, esté con todos ustedes.”

La tercera opción de saludo también es una expresión paulina. La usa san Pablo para saludar a la comunidad de Corintio (2 Cor 1, 2) y a la comunidad de Éfeso (Ef 1, 2). Esos deseos de Pablo a las primeras comunidades cristianas siguen siendo los deseos de los sacerdotes para el pueblo de Dios que ahora se congrega. Es, nuevamente, el mismo deseo que el Señor nos acompañe, pero ahora pidiendo que sea a concediéndonos su gracia y su paz.

“La paz esté con ustedes”

Cuando un obispo celebra la misa, en vez de usar las anteriores fórmulas de saludo puede usar esta. Cuando Jesús se le apareció a sus apóstoles después de haber resucitado, los saludaba con esta fórmula (Lc 24, 36; y Jn 20, 19, 20 y 26). Los sucesores de aquéllos a quienes Jesús saludó así, nos saludan ahora con las mismas palabras de Jesús.

“Y con tu espíritu”

Al saludo del sacerdote, el pueblo responde de esa manera, para implorar a Dios por el celebrante, para pedir que el Señor también lo acompañe a él; o que la gracia y la paz del Señor estén con él, dependiendo de la fórmula utilizada.

2. Acto penitencial

Después, el sacerdote invita a todos al arrepentimiento con alguna de las fórmulas que propone el Misal, y se guardan unos momentos de silencio. La liturgia se compone de gestos, de palabras y de silencios. No todo es decir o hacer. También hay espacios de silencio, en los que cada uno de los presentes pueden orar o meditar en privado. Este es uno de esos momentos. Se dejan estos instantes para que cada uno haga un examen de conciencia, para que reflexione sobre sus pecados. Es el momento en que cumplimos la

recomendación de san Pablo de examinarnos antes de participar de la mesa eucarística (1 Cor 12, 28).

Todos tenemos faltas, porque hasta el justo peca siete veces al día (Prov 24, 16). El espacio de silencio es breve. No nos dará tiempo de hacer un examen de conciencia profundo, pero quizá podemos centrarnos en los pecados contra un mandamiento, en las faltas contra una determinada virtud, o en los pecados de algún tipo (los de pensamiento, los de palabra, los de obra o los de omisión).

Después, se hace la confesión de los pecados, recordando a los que antes de encontrarse a Jesús acudían con el Precursor a confesar sus pecados (Mt 3, 6; Mc 1, 5), y lo dicho por san Juan: que si confesamos nuestros pecados, Dios nos perdonará y nos limpiará (1 Jn 1,9). Hay tres modos de realizar esto:

A. Primera forma

“Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión:”

En el primer modo todos los presentes repiten a la vez la fórmula de confesión. Esta inicia con el pronombre de la primera persona del singular: Yo. Soy yo quien se confiesa, porque yo soy pecador. Hago esta confesión ante Dios, contra quien pequé (Sal 51, 6), y también ante la comunidad cristiana, pues cada uno de nuestros pecados, aunque haya sido cometido en la soledad, hiere a toda la iglesia (1 Co 12, 26). Podemos pecar con el pensamiento (Mt 5, 28), con nuestras palabras, con nuestras acciones, o dejando de hacer el bien (Mt 25, 35-45).

Ya en el Antiguo Testamento aparece el gesto de golpearse el pecho como una forma de manifestar que se reconoce la culpa, que duele en el corazón el mal hecho o el bien omitido, y que se pide perdón por ello (Is 32, 12). El mismo Jesús se refirió a este gesto en la parábola del publicano que

subió al templo a orar (Lc 18, 13). En la misa nosotros realizamos ese gesto mientras decimos:

“Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.”

Ante nuestros pecados se extiende la misericordia de Dios. Le pedimos esta misericordia no por nosotros, que nada somos, sino por las súplicas de Santa María, de los ángeles, de los santos, y de los demás bautizados:

“Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor.”

Salvo que se mencione en las antífonas u oraciones del propio del día, puede ser ésta la primera de las dos veces que se menciona el nombre de María en la misa. Para el sacerdote es obligatorio inclinar la cabeza al decir su nombre; para los fieles no es clara la rúbrica, pero puede hacerse. Aquí la vemos como “Refugio de los pecadores”, como la “Madre de misericordia”, que nos acerca al perdón de su Hijo.

B. Segunda forma

El segundo modo de confesar los pecados es mediante un diálogo entre el sacerdote y todos los presentes. El celebrante inicia invocando la misericordia de Dios con las palabras del salmo (123,3):

“Señor, ten misericordia de nosotros.”

Invocamos esta misericordia porque somos pecadores, y así lo confesamos con las palabras del profeta Jeremías (14, 20):

“Porque hemos pecado contra ti.”

Como hemos pecado, nuevamente el sacerdote, en nombre de todos, le pide al Señor que sea misericordioso con las palabras del salmo (85,8):

“Muéstranos, Señor, tu misericordia.”

Y por medio de su misericordia, todos le pedimos, que nos traiga la salvación con el mismo salmo 85:

“Y danos tu salvación.”

C. Tercera forma

El tercer modo de confesión de los pecados también es mediante un diálogo entre el sacerdote y los demás fieles. El sacerdote recuerda que Jesús vino a sanar los corazones afligidos (Lc 4, 18; e Is 61, 1); que Jesús vino a llamar a los pecadores para que se conviertan (Lc 5, 32) y que Jesús está a la derecha del Padre para interceder por nosotros (Rom 8, 34). El Misal propone otras formas de invocar al Señor, que pueden variar con el tiempo litúrgico. Aquí hemos expuesto las que constituyen la primera opción. A cada una de estas invocaciones se responde pidiéndole al Señor piedad por nuestros pecados.

D. Absolución

“Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.”

Los tres modos de confesión terminan de la misma forma: con la absolución del sacerdote. La Iglesia siempre ha recalado que esta absolución no puede perdonar los pecados mortales,¹ pues para ello el medio ordinario con el que contamos los bautizados es el sacramento de la penitencia. Sin embargo, recibiremos una gracia con esta fórmula. Una gracia que puede ablandar nuestro corazón y llevarnos al sacramento del perdón; y que puede perdonarnos los pecados veniales.

Con la parábola del publicano y el fariseo (Lc 18, 9-14), Jesús nos explica que no basta con acudir al templo, a la misa, para ser justificados. Depende de las disposiciones interiores. Si nos dolemos de nuestros pecados y

¹ CIC, c. 960; IGMR 51

hacemos un propósito de cambiar, y no nos limitamos a repetir palabras, recibiremos gracia con el acto penitencial.

3. Bendición y aspersión del agua

Los domingos, en vez de hacer el acto penitencial de acuerdo a alguna de las formas antes dichas, puede llevarse a cabo la bendición y aspersión del agua en memoria del Bautismo.

Al principio, el Espíritu aleteaba sobre las aguas (Gen 1,2), y con ello le dio el poder de dar la vida. En el Diluvio, Dios usó el agua para terminar el pecado (Gen 6-8). Dios liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto a través de las aguas del mar Rojo (Ex 14). Jesús mismo entró en el Jordán para santificar el agua (Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Jn 1,29-34). Del costado de Jesús salió sangre y agua (Jn 19,34). Y el Maestro, antes de ascender, mandó a sus discípulos bautizar a toda creatura para el perdón de los pecados (Mt 28,19).

Siendo puestos bajo el agua bien sea por infusión o por inmersión, nos unimos a la muerte de Cristo, y saliendo del agua, nos unimos a su resurrección. De esta forma se nos perdonó el pecado original y todos los pecados que hubiésemos cometido. En la Vigilia Pascual renovamos solemnemente ese Bautismo, y podemos recordarlo cada domingo, pascua semanal, mediante este rito.

Este rito consta de dos partes. La primera es la bendición del agua. Hay dos formas de hacer la bendición. Una es una oración que dice el sacerdote, en medio de la cual traza el signo de la cruz sobre el agua. Otra consta de unas invocaciones a Dios que hace el sacerdote, que son respondidas por los fieles bendiciendo a Dios.

Al terminar la fórmula de bendición, en algunos lugares ha pervivido la antigua costumbre de verter sal sobre el agua, recordando que el profeta

Eliseo echó sal sobre aguas malsanas y con ello quedaron limpias (2 Rey 2, 19-24).

La segunda parte del rito es la aspersión del agua. El sacerdote rocía a todos los presentes con el hisopo, como Moisés roció al pueblo (Ex 24,8). Podemos recordar mientras tanto las palabras del salmo 51: “Purifícame con el hisopo y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve.”

Quizá solo sea una gota de agua la que nos moje, pero con ella podemos recordar (o imaginar, si éramos pequeños) el momento de nuestro Bautismo, cuando el agua rodó por nuestro cuerpo limpiándonos del pecado, y transformando para siempre nuestra existencia. Este recuerdo debe ir acompañado de un deseo de volver a ese estado de limpieza espiritual perfecta, a pedir perdón por los pecados cometidos desde entonces y, por amor a Dios, hacer el propósito de no volver a pecar.

4. *Kyrie eleison*

Después del acto penitencial siguen las invocaciones *Kyrie Eleison* o Señor ten piedad, salvo que se haya empleado la tercera fórmula del acto. No son parte del acto penitencial, como muchas veces se piensa. El acto penitencial ya concluyó con la absolución.

En los primeros tiempos de la Iglesia, el diácono hacía diversas peticiones en las que rogaba por las necesidades de la Iglesia, y los fieles respondían en griego diciendo *Kyrie eleison* (Señor, ten piedad) o *Christe eleison* (Cristo, ten piedad). Posteriormente, los invitatorios diaconales se suprimieron quedando reducida la súplica litánica a los kiries.

Así, en estas súplicas podemos pedir nuevamente por el perdón de los pecados, pero también por cualquier necesidad de la Iglesia o de nosotros, a la que toda la comunidad se une, pidiéndole al Señor que se apiade de nuestras necesidades, como los diez leprosos se lo pidieron (Lc 17, 13), o los ciegos que le gritaban que se apiadara de ellos (Mt 9, 27).

5. Gloria

Los domingos que no sean de los tiempos de Adviento o de Cuaresma, y en las fiestas y solemnidades, tras los kiries se entona el Gloria.

En un inicio este himno no era parte de la misa. Se introdujo para las misas que celebraba el papa en Navidad, pues inicia con las palabras que cantaban los ángeles tras anunciar a los pastores el nacimiento de Jesús (Lc 2, 14). Después también se permitió cantarlo en el día de Pascua. Siendo el domingo la Pascua semanal, posteriormente se permitió que se cantara todos los domingos, pero únicamente en las misas episcopales; los sacerdotes únicamente podían cantarlo el día de Pascua. Finalmente, se extendió a todas las misas dominicales, a las solemnidades y a las fiestas.

El Gloria es una doxología, es decir una alabanza que ensalza a Dios. Como se dijo, el himno inicia con las palabras que cantaban la legión del ejército celestial para anunciar el nacimiento del Salvador, el Mesías, el Señor:

“Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.”

Tras las palabras angélicas, ahora le hablamos a Dios. Primero al Padre todopoderoso. Cumpliendo el primer mandamiento de la ley, adorar al Señor (Dt 6, 13 y Mt 4,10), le decimos con palabras lo que con corazón y obras buscamos los cristianos: alabarlo, adorarlo, glorificarlo y bendecirlo. Y como producto de la adoración y del reconocimiento de nuestra sumisión a él, le manifestamos nuestra gratitud, como María, por las grandes cosas que ha obrado (Lc 1, 46-49):

“Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso.”

Después le hablamos a Jesucristo, el Cordero de Dios, el Hijo del Padre. A él nos dirigimos suplicantes, pidiéndole que se apiade de nosotros, que atienda nuestra plegaria, que tenga piedad de nosotros:

“tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros;

Tras ello, concluimos con palabras de adoración ahora a la Santísima Trinidad, que es la manera en la que concluían los himnos que se cantaban en las sinagogas, y que es la forma que usa san Pablo utiliza para concluir apartados de sus epístolas. Por ello el Gloria concluye:

“porque sólo tú eres Santo, sólo tú Señor, sólo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la Gloria de Dios Padre.”

6. Oración colecta

Después viene la oración colecta. El sacerdote dice:

“Oremos”

Es una invitación la oración personal. Para ello, se dejan unos momentos de silencio, como se hizo al inicio del acto penitencial. Todos, el sacerdote y los fieles, pueden pedirle a Dios en su corazón por aquéllas las necesidades por las que tengan la intención. Aquí el sacerdote no dice en voz alta las intenciones de la Misa; es mejor decirlas después del saludo inicial.

La palabra colecta proviene del latín, y significa recolectar. Con la oración que pronunciará el sacerdote se recolectan todas las intenciones que él y los fieles elevaron a Dios en silencio. El sacerdote las recoge y las concluye con una oración, que es la primera ocasión en la que se dirigirá a Dios de forma solemne.

Para decirla, el sacerdote extiende las manos. Al saludar al pueblo abrió y cerró los brazos. Lo hizo como un gesto de saludo, de extenderlo hacia todos los presentes. Aquí el gesto es distinto. Es extender las manos en forma sacerdotal, como Moisés que oraba con los brazos extendidos para

que el Israel pudiera vencer a los amalecitas (Ex 17, 11). Es bendecir a Dios con la postura de la que hablan los salmos (Sal 28, 2; 63, 5; y 141, 2), como una profecía de la postura de la cruz. Es dirigirse al Padre con la postura con la que lo hizo en la cruz el Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo. Es orar como recomienda San Pablo, “levantando las manos al cielo” (1 Tim 2, 8). El sacerdote abre los brazos porque se dirige al Inmenso, a la vez que los levanta porque se dirige al Altísimo. Así, el sacerdote busca abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, todo lo que abarca el amor de Cristo, como dice San Pablo (Ef 3, 18).

Con esta postura se dirige a Dios. Las palabras cambian cada día. Puede dirigirse al Hijo, en cuyo caso la oración concluirá con una doxología, con una alabanza a la Trinidad, pero que inicia refiriéndose al Hijo, para darle coherencia:

“Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos.”

Sin embargo, lo más común y lo más antiguo es que la oración se dirija al Padre, como Jesús nos enseñó en las diversas ocasiones en que aparece orando en el Evangelio. Hasta en la cruz se dirigía al Padre. Se lo pedimos nosotros que no somos mas que polvo, y que nada valemos. Por ello, se lo pedimos en nombre de Jesús, quien nos invitó a pedir en su nombre (Jn 14, 13). Esta petición también se expresa en forma de doxología, de alabanza a toda la Trinidad. Por coherencia con lo que se está diciendo, si la oración menciona al Hijo al final, la doxología es:

“Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.”

De lo contrario, que es lo más común, la doxología será:

“Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.”